

sus hijos allende de los mares, y de entre las montañas sale el hombre capaz de rodear al mundo, estremecido ante la osadía y audacia de aquel hijo de los mares. En el momento cumbre de su historia España amalgamada en los férreos yunques de la religión y del idioma, pueblo que reza al mismo Dios y siente en la misma lengua, consciente del inagno porvenir que el destino le depara, guiado por el anhelo de una empresa gigantesca pone el pié en un nuevo mundo, lo evangeliza, lo educa, le da su religión, su idioma y su sangre y crea un imperio como jamás nación alguna conoció. Nunca en la historia de la humanidad se edificó un imperio sobre basamento como este, con ese espíritu católico que llevo a los conquistadores a unir su sangre a la de los naturales, dándoles leyes que hoy causan admiración por el espíritu que las informa, de cuño tan equitativo que no admite parangón en materia legislativa, construyendo escuelas donde forjan la cultura de la nueva tierra edificando sobre todo ello la Iglesia, que con sus campanas llama en unión a los unos y a los otros, cantando a los aires la gloria y grandeza de España. De esa España maestra de imperios, de esa que retrató Cervantes, de aquella que hizo exclamar a Mendez Nuñez, "Prefiero honra sin barcos, que barcos sin honra."

La virgen tierra americana, contempla rendida a los centauros de la epopeya que cruzan los rios poblados de peces extraños, atraviesan selvas que ha costado cuatro siglos analizar, ascienden montañas cuya sola vista hace hoy temblar a los naturales del país, y escriben con su sangre sus nombres Francisco de Pizarro espíritu en carne de pedernal sobre los riscos del Perú en una hazaña increíble, en desproporcionados medios número y conocimiento del país y del enemigo. Y llora bajo una encina los restos de su ejército, aquel coloso que se llamó Hernán Cortés para con los mismos vencer en Otumba, y crear y entregar a Carlos I, en frase propia, "Un imperio más grande que reinos le legaban sus abuelos." Pedro de Alvarado deja su nombre en la retirada de Mejico, Orellana alcanza el amazonas, Nuñez de Balboa hunde el estandarte de Castilla en el mar del Sur, y toma posesión de él en nombre de su reina. Alvar Nuñez recorre Virginia en solitario cuando aún los ingleses no habían soñado su existencia, Y en una sucesión de actos heroicos y gestas geniales, las águilas imperiales van cubriendo con sus alas las tierras del mundo que entero les pertenece. El rey de las Españas en Señor de América, del Océano Pacífico, de Italia, de Flandes, Provenza y Artois. Se han lanzado los titanes a la empresa que en frase del historiador Solís y Rivadeneira "Es la más portentosa que conocieron los siglos.

Ante tanta grandeza cabe examinar por un momento el resto de nuestra historia en que generaciones insensatas van hundiendo poco a poco el imperio que agoniza entre gestas inmortales de sus soldados, y al mismo tiempo que una política mezquina vendía nuestra grandeza, alcanzaban gloria inmortal en Trafalgar

y Rocroy, Ispinola, Gravina, Churuca, Valdés Galiano... No caben sus nombres en un trabajo de esta naturaleza. Tal es su número y tal la calidad de sus hazañas. Más cuando parecía que allí había de sucumbir, minada por los intereses que no por lo que reina el espíritu en las almas, cuando según muchos ya no quedaba más que un pueblo sin arrestos, incapaz de escribir más capitulos de gloria en los anales de la humanidad, la soberbia de un hombre hirió al león hispano en sus entrañas y de nuevo los brazos retorcidos en el extertor preagónico de la decadencia rompen las cadenas y se lanzan contra el invasor.

Y otra vez el mundo los contempla aterrados. Otra vez los hijos de los héroes saltan al campo del honor, y el grito de una vieja en las calles de Madrid, es el clarín arrogante de la nueva reconquista. Y otra vez los campos de Castilla reverdecen sus laureles con la sangre de los héroes, y se fertiliza la enseña dormida. Las madres arrojan los hijos de su lado, y había de decir el poeta "que van roncas las mujeres arrastrando los cañones." Y de nuevo en el horizonte brilla el sol de la victoria, el que alumbra la tierra que se estremece al notar vibrar en su carne los sonos del himno de la libertad.

Sucumbe ante el bárbaro empuje el genio militar de la edad contemporánea. Y el fiero invasor de toda Europa aprende la nueva táctica sobre los campos de España. Soulz, Mercier, Massena... son hombres que palidecen ante el ataque de hombres, hombres sencillos herederos del ansia de gloria del siglo XVI que levanta en los Cielos el monumento al triunfo de España: Ennumerar sus nombres, es cálculo innumerable, Serrano' Ruiz, Daóiz, Velarde... son otra vez los guías, los símbolos que jamás faltaron en ningún momento en que la gloria de España hubo de pesarse, para siempre vencer en la balanza del honor.

Surge el gigante ibero y cae otra vez minado por camalaches de los inconscientes que a veces cojen las riendas del carro de la nación. Poco a poco el pueblo español se muerde asimismo las entrañas. La historia se repite y al tiempo que las palabras políticas embelesan los oídos del Senado, la sangre española se derrama en Cuba, Perú, Argentina, y Marruecos, Wad-Ras, Cavite Ayacucho, El Callao, hacen enmudecer las gargantas ante los gerreros. El aliento de Marte envenena a la humanidad y son de nuevo los hijos de España, quienes cierran en descomunal batalla, escribiendo las más hermosas paginas de la historia, aquellos humildes soldados que multiplican continuamente los actos heroicos con el arma en las manos y el espíritu de algo mejor en el corazón.

Allí parece que ha acabado nuestra grandeza; el triunfo de la raza parece ante la inquina de lo bastardo y el comunismo tiende sus garras sobre tierra vencida.

Más ahora son los mismos hombres, los nietos de los centauros de la epopeya hispana los que defienden su propia tierra, como la leona a sus cachorros, y los